

DELAGUA 1419

RAFAEL JOSÉ MÁRQUEZ LINARES, “FARAMIR”

LA PESCA

Sábado, 27 de noviembre de 1418

*Nunca hacía promesas vagas ni se excusaba a sí mismo
diciendo que sus manos estaban atadas por fuerzas
más poderosas que él mismo.
Sólo existía una condición: que uno, uno mismo,
proclamar su amistad hacia él.*

Mario Puzo

Pescar es agradable. Es disfrutar, por ejemplo, de la tranquilidad de la tarde bajo la sombra de un eucalipto a las orillas de la laguna de Delagua. Quizás un poco de buena compañía... y el duelo con la presa.

-La tienes acorralada –dijo Moss.

-¡Ja! Se comerá el cebo y se volverá a burlar de mí –respondió receloso el granjero-. Me río yo de la Gran Barrosa del Señor Saradoc. ¡Que venga a conocer a esta! ¡A esta...! –dijo el granjero sin encontrar el calificativo adecuado señalando con el dedo acusador el agua. La Gran Barrosa era una enorme trucha arco iris de casi un metro que se le venía escabullendo al Señor de los Gamos desde hacía diez años.

El granjero recogió el sedal, con el anzuelo vacío y se preparó resignado a colocar un nuevo cebo. Moss Barranco seguía hablando con mucha calma mientras observaba las pausadas maniobras del pescador. La tarde pasaba entre preguntas por la familia y las dudas sobre el tiempo del día siguiente y las infalibles estrategias de pesca de todos los conocidos de ambos –y de sus familiares. Conforme iba hablando, Moss se

iba sintiendo más cómodo hasta que al fin decidió sacar el asunto. El granjero Tom Coto era hobbit sensato, y Moss quería conocer su opinión.

-No sé qué hacer, Tom –decía Moss verdaderamente preocupado-. Para moler mi trigo el señor loto me obliga a vender los campos de cebada. Si no vendo, dice que ya puedo ir desgranando y moliendo el grano uno a uno porque no encontraré en toda la Cuaderna un molino que me lo coja.

Moss era un buen hobbit y el granjero lo sabía. Agricultor de vocación profunda y cumplidor siempre de sus promesas; “esto es palabra de Moss” solía decir. Amigo de sus amigos, festejaba unos memorables cumpleaños en los que convidaba a los asistentes con una cerveza que él mismo fermentaba, muy celebrada por sus paisanos. Tostada y con un toque de luz, del mismo color que la miel de los panales de Sobremonte, con el punto justo de amargitud. En *El Dragón Verde* la Reserva de Barranco era muy solicitada.

-¿El precio por los terrenos es justo? –preguntó el granjero Coto.

-Sobrado. Más que sobrado... pero yo no quiero vender. Son las tierras de la familia. El viejo Moss, mi abuelo, arrancó los tocones que molestaban para labrar. Con ellos hicieron el aparador de la entrada. He corrido por esos campos desde que era un zagal. Y luego está el resto de la granja. Si ahora me compra campos de cebada...

-Entiendo.

Con Nicosius Ganapié pasó lo mismo. Lotho Sacovilla comenzó comprándole tierras sin importancia pero que, junto a las que compraba a los vecinos, cada vez cercaban más la casa de Nic Ganapié. La presión de las cercas y los problemas con las lindes fueron cada vez mayores y al final Nic decidió huir de los continuos quebraderos de cabeza. Vendió todas sus propiedades y se mudó a Surcos Blancos donde compró una pequeña casita en la que trabajaba de ebanista por cuenta ajena. Él, que había sido propietario de uno de los mejores campos de hierba de pipa de la Cuaderna del Oeste, de calidad comparable a los de la Cuaderna del Sur.

Tom Coto lanzó una vez más el cebo utilizando una sola mano. La otra permanecía haciendo presa del tirante. Era un gran pescador, un hobbit estoico y tranquilo, aunque con algunos temas comenzaba a cavársele la paciencia. Escuchaba a Moss con el entrecejo arrugado a pesar de la frente despejada y sincera. Y pensaba.

DEL AGUA CLARA

Jueves, 16 de diciembre de 1418

-Un hobbit cabal ese Coto. ¡Y sensato! Se preocupa por los vecinos y eso dice mucho de él mismo. – Abelimbras Juncalera ahuecó su voz ligeramente aflautada: “¡Qué gran trabajo, Abelimbras, fascinante, qué gran trabajo!” Buen hobbit ese Coto, Tob. Bueeeen hobbit, sí señor.

A sus cincuenta y cuatro años, Abelimbras Juncalera era un hobbit muy redicho, quizás fuese el reflejo oral de su pasión por la caligrafía. Abe disfrutaba con la escritura, era algo que le entusiasmaba desde niño. ¿Qué podía haber más hermoso que un pliego de un ligero color azafranado adornado por el firme pulso de un amanuense? A ser posible en tinta verde, explicaba a su sobrino, el pequeño Tob Cavada. Cuando hablaba Abelimbras entornaba los ojillos curiosos, encogía ligeramente los hombros y elevaba un dedo al cielo paladeando sus propias palabras. No eran palabras dichas a la ligera, las escogía con gran detenimiento, exasperando a su interlocutor a veces... *siempre* si este era su propia mujer.

Melibea Tuk era toda una señora hobbit. Buena cocinera y excelente costurera, intuitiva, con carácter y, a veces –demasiado a menudo para el gusto de Abe-, de armas tomar, lengua afilada e impetuosas palabras. Cruzaba los brazos, inclinaba ligeramente la cabeza torciendo la boca y esperaba a que su marido dejase de pellizcarse el lóbulo de la oreja, gesto muy de su esposo a la hora de escoger ya la justificación, ya el consejo o bien el parecer acerca de cualquier tema. Cuando ya no podía más... Melibea saltaba como un resorte de enano. Motivo de discusión en el matrimonio era siempre la gaceta.

Abelimbras arrendaba las tierras de sus padres. “El cultivo del alma, Tobías. Cuida siempre el cultivo del alma, la tierra... “. Con la renta vivían de manera desahogada. No sin profundas discusiones con su mujer (*riñas* las llamaba ella, *refrescantes polémicas* él), conseguí sacar cada domingo, miércoles y viernes un pasquín que colgaba en la Plaza Mayor de Delagua. Con esmerada letra picuda podía leerse en su cabeza: *Del agua clara*. El escrito no pasaba muchas veces de ser una agenda, eso sí, exhaustiva, de los acontecimientos sociales por venir en la Cuaderna: cumpleaños, bodas, nacimientos... y una crónica de los que ya habían pasado. Número de cervezas que había tomado el señor Willbrod Ciñatiesa, gramos del último bebé de May Gamyi o el corte del vestido de Lorena Talloverde el día de su pedida de mano – con estrictas indicaciones de Melibea para la reseña, únicos momentos de paz en torno a la publicación que tenía el matrimonio. Todo tenía cabida en aquel memorándum.

El viernes, por ser el último día de la semana, Abelimbras contrataba a varios pregoneros –a costa de un enorme disgusto con su mujer- que resumían las principales noticias de la semana en las plazas de El Cruce, Sobremonte, Hobbiton y Delagua. Y esto, llegado el momento, le trajo bastantes problemas.

DRAGÓN, CERVEZA Y BUENA CONVERSACIÓN

Miércoles, 29 de diciembre de 1418

Sometimes you wanna go

Where everybody knows your name

And they're always glad you came

Cheers

El Dragón Verde era un sitio acogedor. Ese había sido siempre el espíritu que Casius Vendimiales quiso darle a su taberna. Varias generaciones después Tadeus Vendimiales conservaba ese talante. La afición natural de todo hobbit por los árboles familiares se había convertido para Tadeus en una obligación, que incluía no sólo el conocimiento del propio –cosa normal-, sino el de sus parroquianos. Un lugar donde conocieses tu nombre –y al menos un par de ramas genealógicas- y tú pudieras sentirte en casa, esa era la idea de Tadeus. Este ánimo se había extendido a la propia clientela, convirtiendo la taberna en un lugar verdaderamente muy agradable donde invariablemente podías ir a ver caras cordiales con un guiño amistoso en los ojos brillantes. *El Dragón* era famoso por esto en las cuatro cuadernas. Por esto y por su cerveza, escogida entre los mejores alambiques de la Comarca. Cerveza fría con sus dos dedos de espuma y aroma a boj, lúpulo o casia amarga. Cerveza acompañada siempre por un ligero refrigerio: un pastelillo de nueces, una rebanada de pan con aceite y fiambre o algunos pimientos fritos y aliñados con sal gruesa, servidos en una cazuelita de barro. “Hoy que no sean demasiado picantes, maese Tadeus.” Un buen lugar para pasar las últimas horas de la noche antes de volver satisfecho y sonriente a tu agujero, o antes de que tu señora, con pocas ganas de charla, te fuese a buscar. O antes de que el propio Tadeus, hobbit de bien, tuviera que dejarte en tu casa.

La tarde tocaba a su fin y su luz alumbraba a varios habituales, todos ellos mayores de setenta. Acodados en la barra frente a Tadeus o sentados en la mesa a la puerta, aprovechaban los últimos rayos de sol que teñían el bajo horizonte de un tono rosáceo. En aquella hora, las fauces del dragón representado en la vidriera centelleaban como fuego vivo. Las vigas del techo se doraban al ocaso sobre una tertulia de animada conversación. La taberna, entre dos luces, acentuaba su ambiente acogedor. Había mucho que contar, mucho que comentar delante de la segunda jarra sobre el último número *Del Agua Clara*.

-No debió hacerlo. No debió hacerlo. Anuda tu cuerda y olvida los cabos de los demás –sentenció Filiberto Silvestre moviendo la cabeza de un lado a otro. Su roja nariz, grande como una berenjena, brillaba al reflejar el último resplandor de la tarde.

-Es un secreto a voces. -Ardemil golpeó con su jarra la barra-. Lo mismo da que Abe lo escribiese o no. Ese Sacovilla lo está acaparando todo, y el oro no parece acabársele. ¡Cualquiera diría que ha encontrado los tesoros de Bolsón Cerrado! La semana pasada fue el molino del Cruce. Hace dos días por fin convenció a Moss... eso sin contar con todo lo de antes. Casi habrá que ponerle una alfombra roja cuando pasee por Delagua como si de un pasillo de su nuevo smial se tratase... ¡Todo será suyo!

Ardemil Ramallosa había vendido sus tierras acosado por las deudas que había originado la última mala cosecha. Lotho compró sus campos por mucho menos de lo que valían. Desde entonces tenía que trabajar en las que habían sido sus propias tierras, ahora arrendadas a la familia Sacovilla-Bolsón.

-¿Qué piensa usted, señor Coto? -Tadeus se acomodó un trapo blanco en el hombro tras terminar de secar la última jarra del fregadero y comprobarla satisfactoriamente al trasluz.

-Él paga. -El granjero exhaló suavemente su humo con aroma a canela-. Oro nuevo. Monedas sin estrenar... pero siempre se le puede decir que no -dijo apuntando a los presentes con la bocacha labrada de su pipa.

-¡Ja! No es fácil cuando ya es dueño de media Cuaderna y comienza a ajustarte las tuercas -refunfuñó Ardemil Ramallosa-: precios de las semillas, de las herramientas y precios para moler, problemas con el aparcamiento, con el agua... Tiene mil formas, señor Coto. Tiene mil formas.

-Siempre va con ese Ted Arenas pegado, amenazando con su lista negra... -añadió Filiberto.

El último de los hobbits acodado en la barra asintió. Moby Bolger sabía de lo que estaban hablando.

-Aparte queda lo de esos carretones hacia el sur. -Olegardo Matoso había escuchado interesado la conversación, y pensó que era el momento justo para compartir la noticia-. Ayer noche, cuando volvía de cazar gamusinos, sana costumbre en mi familia por esta época... No sé si ustedes lo sabrán, pero fue mi tatarabuelo Silvedric Matoso el primero en descubrir cómo puede cogerse desprevenido al astuto gamusino. Primero...

-¡Oli! -gritó Ardemil.

-Está bien, está bien... no hay por qué sulfurarse, es una buena historia en cualquier caso, pero está bien. Pues como iba diciendo, llevaba el farol oculto bajo un trapo... este sistema, sin embargo, lo incorporó mi abuelo, "Papi" Matoso. Recuerdo muy bien el día en que me sacó por primera vez al campo. Casi...

-¡Caracoles, Oli! ¿Qué viste anoche?

-No se pueden contar bien las historias si se interrumpen constantemente, maese Ramallosa. Pero sí, a esa hora pude ver a tres tipos, gente grande, corpulentos, que cargaban tres carretones junto al almacén de Teo Pozolargo. Y no es la primera vez que ocurre...

-Mala cosa, mala cosa –susurró Fili-. Gente grande, grandes problemas.

Un nuevo hobbit entró en la taberna. Era grueso de cintura bajo un ceñido chaleco de rombos dorados, con mirada bonachona sobre unos apretados carrillos y andar de barco en sus robustas piernas. Ormadulas Marticorzo se acercó resuelto a la barra tras levantar la mano para responder a los saludos de todos los demás.

-¿Qué será, maese Ormi?

-Hoy sólo quiero dos deditos de espuma en pichel, a ser posible, maese Tadeus.

-¿Nada más?

-Bueno, écheme debajo un poco de esa deliciosa cerveza de usted para que no se me pierda la espuma en el fondo de la jarra.

-Ajá –sonrió el tabernero.

La noche siguió su curso y la taberna se fue llenando. El nuevo número de Abe Juncalera daba cuenta de la gran cantidad de propiedades que Lotho Sacovilla-Bolsón había ido acumulando en los últimos meses y apuntaba las posibles maneras fraudulentas que había tenido para aumentar de tal manera sus posesiones. Ante este artículo, el ciento tres cumpleaños de Tilo Talladura había quedado en un segundo plano, y la conversación y las apuestas en *El Dragón Verde* se fueron centrando en torno a lo que ocurriría el último día de la semana, último día también del año, pues el viernes primero de Yule, tocaba pregón.

Después de que Obdulia Marticorzo viniera a llevarse a su marido de la oreja, la conversación y las pipas se fueron apagando hasta que Tadeus sopló la última vela entre las despedidas de los incondicionales.

LOTHO SACOVILLA-BOLSÓN

Mañana del jueves, 30 de diciembre de 1418

*Riqueza, éxito económico y poder pasan a ser
unos valores entre otros a ser valores sociales fundamentales,
a ser la prueba y la manifestación de la valía.*

Caranci

-No tienes más que decírmelo –repetía la señora Cora Azul-. Hoja de Valle Largo, Estrella Sureña, el Viejo Toby... mi Fadías puede conseguirle cualquiera.

La hobbit mostraba su sonrisa gingival mientras dejaba la cesta de champiñones sobre el poyo de la cerca de piedra. Tom Coto la miraba sonriente. Alegre y Nick, dos de los hijos del granjero, cortaban unos troncos para el invierno y el suave ris-ras de la sierra subía hasta la cerca.

-Señor Tol, usted nos ha devuelto la vida –continuó la hobbit-. Usted y el señor Abelimbras. La niña está ahora perfectamente, pero ha pasado dos semanas muy malas encamada después de que la encontraron. ¡Pobrecita mía! Nunca podremos agradecerse bastante.

Tol Coto. Sonaba extraño ese nombre, tenía resabios de regañinas de su padre. “Cava Larga” Coto sólo llamaba a su hijo *Tol* cuando le regañaba por algún descuido. Ahora todos le llamaban Tom, como siempre le llamara su madre.

Dos semanas habían pasado desde que Agostina Cañadas se perdió por los páramos al noreste de la laguna. Era la pequeña –la segunda en nacer de las gemelas- de las hijas del matrimonio Cañadas. A instancias de su mujer, Melibea, Abelimbras Juncalera contrató a los pregoneros para que extendiesen la noticia y Tom Coto organizó una partida que con los perros de Fadías Cañadas batió todo el erial, desde Hobbiton y Delagua hasta el camino de Oatbarton. La niña se había adentrado en el yermo huyendo asustada de dos hombres, gente grande, de esa que de un tiempo a esta parte deambulaba por los alrededores de Delagua o Sobremonte. “Jornaleros”, decía loto Sacovilla cuando le preguntaban. La encontraron acurrucada al pie de una retama seca, sentada entre guijarros, después de una noche a la intemperie. Los perros se acercaron solícitos a su joven dueña y rozaron los húmedos y cálidos hocicos por las mejillas ateridas de frío de la niña.

Aquella mañana, mientras su mujer hablaba con el granjero Coto, Fadías Cañadas fue a pedir explicaciones al nuevo terrateniente cuando la niña al fin le contó lo

que había pasado con los hombres. Fadías era un hobbit muy terco, y en Delagua era conocido por sus malas pulgas. “Demasiado tiempo con sus perros”, decían.

Cañadas descubrió que no solo había cambiado el dueño de Bolsón Cerrado, sino también todos sus alrededores. Allí se veían nuevos cobertizos y fosos por todas partes. Y había muchos hombres de mirada mezquina y gesto amenazador. Rostros que no amedrentaron al criador, acostumbrado a sus mastines y podencos, aunque le impusieron cierto respeto. Pronto llegó ante el enorme escritorio en que se sentaba el amo de los canallas que por poco le hacen perder a su niña. Lotho ni siquiera preguntó por la pequeña. Directamente sacó la bolsa y con una sonrisa bailándole en los ojos burlones arrojó unas monedas sobre la mesa del escritorio.

-Este año la familia Sacovilla contribuirá a tus carreras, amigo Fadías. Espero que sea suficiente.

Fadías levantó la cabeza sorprendido, con gesto orgulloso inició el ademán para arrojar las monedas al suelo, pero no bien levantó la mano volvió a oír la voz de Lotho.

-No es una limosna lo que te doy, amigo Fadías. Ciertamente estoy interesado en ver mi nombre asociado a tus carreras. No creo que tú quieras despreciar mi gesto generoso, cuando sólo me preocupo de que todo vaya perfectamente en tus propiedades y con tu familia y de que tu carrera sea la mejor que hayas organizado jamás... Ya que será la última – añadió con voz seca, aunque retomó rápidamente su habitual tono dulzón-. Quizás incluso deberías plantearte no realizarla tampoco este sábado siete. Dos veces al año me parece algo exagerado. Yo me encargaré de anularla. Tú sólo coge este dinero que te ofrezco y procura mantener bien a tus perros.

El criador estaba verdaderamente asombrado de que ese mamarracho venido a más le hiciera semejante oferta. Fadías Cañadas celebraba carreras los dos sábados que coincidían con el día siete de mes, era Tradición. Los granjeros llevaban a sus perros más veloces y cruzaban apuestas amistosas. Era un día de fiesta y de campo para la gente de Delagua, Hobbiton y Sobremonte. Los niños lo esperaban con nerviosismo, no solo por la cantidad de perros que se juntaban, sino por los fuegos artificiales que a la noche ofrecía Egar Cardeñoso –no muy imaginativos, pero sí atronadores.

Fadías Cañadas levantó la mirada con los ojos centelleantes dispuesto a soltar una fresca a ese presuntuoso engreído. Si se pensaba que había subido hasta Hobbiton para oír sus majaderías estaba muy equivocado:

-Acerca de su oro...

-No me está entendiendo –le volvió a interrumpir Lotho de manera contundente, y de nuevo había un timbre distinto en su voz, casi podía decir que amenazador, ¿o no era así?-. No estás entendiendo nada de lo que está pasando... ni siquiera de lo que ha pasado en tu casa, querido Fadías –dijo loto muy despacio mientras miraba fijamente al criador de perros.

Nada había cambiado aparentemente, pero Fadías Cañadas tuvo entonces la certeza de por qué su hija había desaparecido y lo que podría haberle pasado... o todavía podía pasarle. Entonces calló, como otros hicieran en los últimos meses, y observó la cara picada de viruela que le miraba tras unos dedos entrelazados. Así estuvo unos instantes, hasta comprender por fin. Tomó el dinero y salió sin levantar la cabeza, arrastrando los pies... vencido por el miedo. Sus niñas, sus hijas. Lotho lo acompañó hasta la puerta pasando una de sus manos húmedas por los hombros del granjero, mientras la otra colgaba de uno de los bolsillos del chaleco de terciopelo.

-Es bueno tratar con gente tan razonable. Se acerca un invierno áspero y se necesitarán muchas manos para que todos podamos salir adelante... para el bien común. Ya hablaremos más delante de tus huertas de frutales ¿de acuerdo, amigo Fadías?

EL PREGÓN

Viernes, Yule I de 1418

La mecedora ya llevaba media hora al sol, de modo que cuando Tilo salió al porche ya estaba caldeada y lista para recibirle. En diez minutos vendría su nuera con una tisana y le arreglaría la manta de franela sobre las piernas. Tilo vivía muy bien. Ese era el secreto para su ciento tres cumpleaños. Efectivamente, no habían pasado diez minutos cuando Clotilde Tolder le trajo la infusión. Tilo le dio un pellizco en las crujientes enaguas almidonadas, provocando el revuelo de la hobbit aunque no su turbación. De sobra sabía cómo era el padre de su esposo. Si algo había caracterizado a Tilo Talladura en todos sus años eran los continuos deslices picarescos y algún que otro escarceo –incluso con Doña Hortensia, la maestra, se llegó a decir. Esto iba a más cuanto mayor se hacía y más se lo perdonaban.

La casa de los Talladura estaba situada en plena plaza de Delagua, en el lado norte. Flanqueaban la casa las residencias de los Marticorzo y de los Cavada y las tres viviendas eran conocidas como la Casa de la Parra por la gran cepa que cubría las fachadas de puertas y ventanas redondas. La plaza de Delagua tenía cuatro árboles en sus esquinas y en el centro una fuente de piedra tallada y agua bien fresca. En uno de los árboles, un castaño enorme que daba paso al camino hacia los smiales del norte de la laguna, había un tablón colgado con un marco sencillo pero finamente labrado. Ése era el motivo de que la plaza estuviera hoy tan concurrida. Era viernes y tocaba pregón. Pero el último número de *Del agua clara* no estaba colgado en su sitio habitual.

Cuando Tobías Cavada salió muy temprano esa misma mañana, el viejo Talladura aún reposaba el primer desayuno en la cama. Tobías salió contento. Después del desayuno había logrado llevarse tres manzanas de la alacena. Dos aguardaban en el hatillo de la cintura mientras frotaba en la pechera la tercera relumbrante manzana roja. Se ajustó el sombrero de paja sobre los rizos alborotados y bajó a la plaza dando brincos

por las escaleras. Arriba, Mimosa Cavada no conseguía ajustar sus cuentas para el pastel de manzana.

El día no podía ir mejor para Tob. Un sol radiante caldeaba la mañana de invierno, un segundo desayuno asegurado y una cita con Roddy para ver la nueva camada de perros en la granja de Lina y Tina Cañadas, junto a la laguna. De camino allí intentarían coger alguna musaraña de agua para gastar una broma a las gemelas, aunque no tenían muchas esperanzas, porque su despensa de insectos estaba bastante mermada después de intentar atrapar el día anterior a un reyezuelo. Habría que buscar otra cosa para animar a las niñas tras los días tan malos que pasaron semana atrás.

Antes de eso tenía que cumplir con su tío Abelimbras: recoger la gaceta y colgarla en la plaza. Le gustaba hacerlo porque era el primero en enterarse de los últimos chismes y sucesos, y esto le ayudaba a mantener su prestigio entre los amigos – duramente conseguido a mamporros y con difíciles juegos de habilidad. Tob sabía leer, más por los esfuerzos y los coscorriones de la maestra que por su propia afición. Abelimbras lo había apuntado a las clases de Doña Hortensia Quintanilla. Debía asistir al smial de la vieja profesora tres tardes en semana junto a varios muchachos de Delagua. Hacía novillos siempre que podía, a pesar de las filípicas de su tío y de los capirotazos con el dedal labrado de la profesora.

Hoy además era un día especial. Toda Delagua sabía aquel día el pregón y la gaceta serían una afrenta para Lotho Sacovilla-Bolsón y nadie se lo quería perder. Ser el primero en leer la gaceta y llevarla hasta el tablón haría que los chicos se pusieran verdes de envidia. Al pensar en ello Tob sacó el pecho y echó la cabeza un poco hacia atrás, como si fuera el número uno en el desfile del día de Sobrelithe. Ya llegando a la casa de los Juncalera, vio que ninguno de los pregoneros habituales estaba en el jardincito de sus tíos. En cambio vio a su tía Melibea fuertemente abrazada a su tío. Abelimbras Juncalera llevaba el pliego bajo el brazo.

“NO HABRÁ PREGÓN”

Tarde del jueves, 30 de diciembre de 1418

Los continuos incidentes que no paraban de llegar a oídos de Tom Coto fueron los que le movieron en su momento a hablar con Abelimbras Juncalera. Y no solo con él, a quien profesaba una sincera admiración, sino con Will Pieblanco. Una queja más para el viejo alcalde que añadir a las continuas molestias que causaban los hombres de Lotho y a las protestas por cómo empezaban a faltar algunos alimentos y vituallas, acentuadas más si cabe por las carretas cargadas de mercancías, este jueves enviadas ya a la luz del día, que Lotho mandaba por el vado de Sarn.

Todo esto fue lo que llevó a Abelimbras a iniciar un extenso escrito, apoyado por las conversaciones que había tenido con varios afectados, en el que daba a conocer todos los manejos que se traía entre manos Lotho... “Granujo” como ya empezaba a llamarlo maese Coto. Abe recorrió durante diez días las granjas y pueblos alrededor de la laguna de Delagua, recogiendo información y asombrándose del número de propiedades que ya había conseguido reunir Lotho Sacovilla. No sólo granjas, sino campos de hierba para pipa y también de trigo y cebada. De igual forma se había hecho con todos los molinos de los alrededores, empezando por el de la familia Arenas y siguiendo por el de Marzales, Juncias y Espinoso.

Fue el jueves día treinta de diciembre, después de publicar la primera parte del documento, cuando se encontró con el nuevo dueño de Bolsón Cerrado esperándole a la puerta de su casa. Abelimbras volvía de Los Ranales. Había salido por la mañana temprano para hablar con Nicosius Ganapié, uno de los primeros en vender sus tierras a los Sacovilla. La tarde se apagaba tras las nubes cuando vio el grueso corpachón de Lotho apoyado en un bastón con pomo de bronce. Vestía una casaca azul sobre el chaleco de felpa lila. Unos pasos más alejado Ted Arenas se apoyaba en la cerca de la casa, cuidando del pony que tiraba de un ligero carro de portezuelas doradas.

Cuando media hora más tarde Lotho subió al carricoche, Abelimbras quedó abatido.

-No habrá pregoneros ni habrá más panfletos. Nadie vendrá mañana a cantar tus sandeces – dijo loto amenazándole con el puño del bastón-. Entra en razón, Juncalera... ya no estamos bajo la batuta de la señora Hortensia, y tú ya no eres el primero de la clase. Se acabó ¿Oíste? No habrá más *Del Agua Clara*.

EL BANDO

Viernes, 6 de enero de 1419

Primero. Por el presente, Lotho Sacovilla-Bolsón, gentilhobbit, hijo de Otho Sacovilla y Lobelia Ciñatiesa, vecino de Hobbiton, con propiedades e intereses en los municipios de Copete y Alforzada, Delagua, Hobbiton y Sobremonte, Los Ranales y Bolgovado, en interés de la mejor convivencia de las cuatro Cuadernas, es nombrado Jefe de los Oficiales de la Comarca.

Will Pieblanco entró el lunes día dos de enero en Bolsón Cerrado como alcalde, como portavoz del sentir de sus convecinos. Cuando salió de la Colina, dos de los hombres de Lotho le empujaban obligándole a bajar a trompicones por Bolsón de Tirada hacia las nuevas mazmorras de Cavada Grande. El primero de muchos. Mientras se lo llevaban, una veintena de hombres comenzaba a pasear por las calles instando a los vecinos con garrotes, empellones y voces a que entrasen en sus casas.

Segundo. Se prohíben las manifestaciones públicas. Las reuniones, concentraciones y protestas serán castigadas con amonestaciones y, en su caso, reclusión.

Yule I, diciembre de 1418. Abelimbras Juncalera se presentó en la plaza de Delagua. Levantó la gaceta y comenzó a leer en alto con su voz ligeramente chillona. Toda la plaza, llena para el último pregón del año, escuchó con atención las precisas palabras pronunciadas con total pulcritud por el menudo hobbit, encaramado para la ocasión en un taburete. Después de la lectura, el mismo Abelimbras llevó la gaceta al tablón, donde la dejó colgada entre el aplauso de la multitud.

Toda esa alegría desbordada se tornó en pánico cuando un pelotón de hombres irrumpió en la plaza entre aullidos y chasquidos de látigos desbandando a los hobbits que, aturdidos y muy asustados, no acertaban a salir de la plaza entre golpes, amenazas y empujones.

Tres días después varios hombres llegaron a la casa de los Juncalera. Apresaron a Abelimbras y empujaron a Mebby Tuk dentro de la cabaña, atrancaron la puerta y le prendieron fuego en medio de los gritos desesperados de Abe mientras era arrastrado por todo el camino hasta Cavada Grande.

Tercero. El cuerpo de oficiales de la Comarca se incrementará para reforzar la seguridad y el orden logrados en estos últimos días. Todo aquel hobbit que quiera pertenecer a este cuerpo deberá pasar por la Casa de Oficiales de Hobbiton en el plazo de tres días a contar desde hoy.

Dido Redondo no se lo podía creer. Intentó escurrir el bulto en cuanto se vio haciendo instrucción en un pelotón de jóvenes, la mayoría reclutados a la fuerza esa misma mañana bajo las órdenes de Primo Ridruejo. Primo había sido uno de los pocos que se habían presentado como voluntarios cuando se publicó el primer Bando de Normas. Cuando Dido intentó quitar su pluma del sombrero, recibió un rapapolvo de Primo ante la sonrisa de uno de los hombres del jefe, uno alto con la nariz rota y una voz ronca y gangosa al tiempo, que ya había preparado el garrote. También era mala suerte, haberse metido en el cuerpo justo antes de que empezaran todos los problemas.

“Hay que fastidiarse”, pensó. “Ven, conocerás mundo, decía Robin, beberás muchas cervezas. Y aquí me tienes, abusando de los vecinos y sin ver una gota. Todo el día Camino del Este arriba, camino abajo. Hay que fastidiarse.”

Cuarto. En adelante los recolectores se harán cargo de todo lo que en la Comarca se produzca para asegurar un justo reparto. No habrá derroches innecesarios. Por tanto, se suprimen todas las festividades y celebraciones hasta nueva orden.

En el año 1419 no se celebró ningún cumpleaños en la Comarca. Ni el fin de año ni el día de Año Medio. Nadie pudo entender cómo un hobbit tan testarudo como Fadias Cañadas se negaba a celebrar sus carreras. Llegado el día, todos sus canes

permanecieron en las perreras. Ni él ni sus niñas ni su esposa salieron ese día de la granja.

Quinto. Todas las tabernas, lugares insalubres y perniciosos para una recta y adecuada moral, quedan clausuradas y sus bienes serán incautados.

La primera fue *El Dragón Verde*. Orson, el “Bizco”, disfrutaba con su trabajo. Nunca agradecería lo suficiente a Bill que le hubiese avisado del asunto de la Comarca. Desde pequeño su físico era desmadejado y sus ojos estrábicos habían hecho de él la mofa del pueblo. Al crecer la crueldad acalló las risas, pero más allá de eso, descubrió lo que disfrutaba infringiendo dolor. Ya de pequeño solía torturar a las alimañas escondido en los callejones de Bree. Ahora, disfrutaba golpeando salvajemente al tabernero Tadeus cuando este intentó detenerles. Una vez cargadas las carretas con todos los toneles y viandas, rompió cada uno de los cristales de colores que formaban la imagen del dragón ante las lágrimas del hobbit caído en el suelo, derrotado.

CONTRABANDO

Sábado, 21 de enero de 1419

Era de noche. Estaban parados en medio de unos maizales. Tres hobbits y dos ponis. Tadeus Vendimiales sujetaba intranquilo a los animales atrás. ¡Lo que daría por encontrarse de nuevo en su *Dragón Verde*! Olegardo y Ormadulas escudriñaban la oscuridad un poco más adelante.

-¡CHHHHHISSSS! – casi silbó entre dientes Olegardo Matoso. Estaba muy nervioso-. Creo que he visto unas sombras.

-Con gusto me adelantaría, señor Matoso –susurró Ormadulas-. Pero me temo que, en mi actual estado de nerviosismo, haría más mal que bien.

Ormadulas se mantenía agachado, estremecido por el miedo, con las manos apretadas junto a la barriga y una papada temblorosa perlada por el sudor. Ninguno de los tres hobbits quería aventuras y si se veían ahora en figurillas era por el común sentimiento de filantropía. Por eso, y en el caso de Ormadulas, por la indignación que sentía ante la flagrante agresión del señor Sacovilla y sus rufianes a lo que él llamaba “el apacible modo de vida hobbit”. Aunque nada más alejado de ese “modo de vida” que esta situación.

-Espere –dijo Olegardo-, ya voy yo. Si no hay peligro silbaré tres veces como una abubilla.

Oli avanzó unos pasos más y se agazapó, en tensión. Cuando decidieron entre los tres ir a Tejonera, no le pareció tan mal. La situación en la Laguna de Delagua iba cada vez más a peor. En algunas de las granjas de alrededor apenas se podía esconder algo de comida a los “recolectores” para salir adelante, pero en Delagua la situación era dramática. En esas circunstancias, llegó la noticia de que un tal Fredegar Bolger con varios compañeros había escamoteado dos carretas de una de las caravanas que los bandidos mandaban hacia Hobbiton. Fredegar estaba dispuesto a repartir algunas provisiones entre la gente de la Laguna. Por eso Olegardo Matoso, Tadeus Vendimiales y Ormadulas Marticorzo decidieron, apoyados por el granjero Tom Coto, subir hasta Tejonera, junto a las colinas de Scary, para bajar algunas de esas provisiones.

Ahora todo se estaba complicando. Habían tenido que dar un gran rodeo para poder cruzar el Agua. Llevaban tres días en el campo desde que les entregaran los paquetes y barriles que ahora iban en los ponys de Tom Coto. Estaban en algún campo situado entre la piedra de las Tres Cuadernas y Alforzada. Quizás en las que fueron tierras de los Ribera. Vete tú a saber.

Allí estaba él, Olegardo Matoso, con sus setenta y dos años, rodeado de largos tallos que le llegaban a las orejas, enmarcadas por sus patillas canosas. Estaba muy asustado. Una cosa era la caza de gamusinos, apasionante pero nada peligrosa, y otra muy distinta vérselas de cara con varios de esos “recolectores”. Por su afición cinegética sabía muy bien cómo moverse en silencio por la noche. Con un último acopio de valor se decidió por fin a salir adelante. Justo en ese momento una mano temblorosa le sujetó por el hombro.

-Señor Matoso, disculpe... ¿Cómo dice que se llama el bicho ese que silba?

Este fue el primero de muchos viajes clandestinos. Buscaban comida por toda la Comarca. Fueron a las colinas de Scary mientras los Bravos de Freddy lograron eludir las patrullas de oficiales y esquilmar los convoyes. Cuando por fin los hombres del Jefe los atraparon después de hacerlos salir de las canteras en que se escondían, Oli y los suyos dirigieron sus pasos hacia los Gamos. Los bandidos no se atrevían a cruzar el Brandivino ni bajar por el puente. Don Brandigamo había prometido empaquetar a cualquiera que entrase en Los Gamos y mandarlo a hacer compañía a la Gran Barrosa.

-Que se quede con sus chamizos y madrigueras y ese maldito Bosque Viejo – dijo Orson, el “Bizco”. Hasta Bree habían llegado cuentos raros sobre aquellos árboles-. Cuando venga Zarquino ya le llegará su hora.

Pero no le llegó, no así a Orson. Los Gamos podían pasar de lado, pero Lotho, el Jefe, no estaba dispuesto a dejar que el Thain se le enfrentase. Hizo mal. Cierta día que Olegardo y sus compañeros dirigieron sus pasos hacia las Barrancas de Tuk, encontraron a tres de los bandidos ensartados por flechas. El cuarto corría por el campo despavorido con un mensaje de Paladín Tuk:

-Dile al Jefe que si hay algo que quiera tratar, que pase él mismo por las Colinas Verdes. Hay dos o tres cositas muy bien dichas que tengo ganas de contarle... pero si veo que alguno de vosotros asoma siquiera las orejas por aquí, sabré que hacer con ellas.

Fue en aquellos días en los que perdieron a Ormadulas a manos de los rufianes después de una huida precipitada en las inmediaciones de Alforzada. No consiguieron despistar a los hombres hasta llegar al bosque Cerrado seis horas después. Después de aquello, ni siquiera pudieron volver a buscarlo. A partir de ese momento Oli y Tadeus tuvieron que evitar las Barrancas de los Tuk en su recorrido.

Así lo hicieron. Ninguno de los dos quería más problemas después de aquella pérdida tan triste. Repartían sus viajes entre el norte del Pantano de los Juncos, en el cual Olegardo aprovechó para llenar una buena cesta de gamusinos, y Burgonuevo en los Gamos. En todo el tiempo que estuvieron juntos, Olegardo y Tadeus siempre mantuvieron el *usted* en su tratamiento. Como si en vez de pasar juntos por charcas, arenales y zarzas, ayudándose en todo momento, todavía estuvieran en *El Dragón Verde*, cada uno en su respectivo lado de la barra.

Nunca llegaban con las manos vacías a la granja de Tom Coto. Con ligeros hurtos en las casas de Oficiales y lo que conseguían del trato en los pueblos iban cargando los ponys.

El granjero se encargaba de repartir entre los más necesitados en torno a Delagua el resultado de las correrías de los dos hobbits, metidos a contrabandistas a los setenta.

MADRE E HIJO

Miércoles, 7 de marzo de 1419

-Ayer vino a verme Doña Hortensia. Me dijo que los jornaleros habían sacado a los niños por las orejas de sus smial durante la clase y que habían puesto sus muebles en la calle. ¿Qué está sucediendo, Lothi? –preguntó Lobelia, puesta en jarras.

Loto miró a su madre al otro lado de la habitación. A pesar de vivir ambos en la Colina, hacía dos meses que la eludía con constantes viajes y prisas simuladas. Desde el incidente con el alcalde Pieblanco. Todo había ido muy bien con ella mientras fue acumulando tierras. Entonces paseaba con su madre del brazo y ella veía orgullosa cómo la gente se apartaba a su paso mirándolos de reojo con una ligera inclinación. Pero Lobelia comenzó a incomodarse cuando vio a esos hombres –*jornaleros* intentaba llamarles- rondando Bolsón Cerrado, y los pueblos y los campos. Comenzó a verlos por todas partes.

-Los smiales de la laguna ocupan demasiado espacio –respondió Lotho-. Están siendo derruidos y se construirán cobertizos sobre ellos, madre.

-Esos hombretones están afeándolo todo. Llevo toda una vida detrás de este smial y cuando por fin me hago con él, estos jornaleros tuyos lo destrozan todo alrededor, arruinándolo todo, ¡todo! –le increpó la anciana hobbit—El jardín trasero está lleno de zanjas ¿para qué? Todos esos techados y casuchas por Bolsón de Tirada... Esos hornos, y el Agua comienza a ir llena de inmundicias...

-Madre, hay que cambiar. El mundo cambia y debemos hacer que la Comarca progrese con él –palabras huecas oídas en otra parte.

-No me hables de cambios, jovencito. Esto son porquerías, suciedades y desperdicios. ¡Y estamos en el centro de todo! –dijo dando la vuelta con las manos en alto.

-Lotho se esforzaba por convencer a su madre, demasiado testaruda para cambiar de opinión, porque al tiempo quería convencerse a sí mismo. Cuando le propusieron la idea de las Normas él sólo vio un modo más de acrecentar su autoridad, pero todo se estaba complicando. Aunque la mayor parte de la Comarca estaba sometida –y cambiada-, no era por su autoridad, sino por las libertades que se tomaban los hombres. Incluso el Thain... Pero ¿quién era el *thain* ahora? Él, Lotho Sacovilla, era el que mandaba en la Comarca y su palabra era ley. Su palabra era ley. Su palabra.

Seis meses después encerraban a Lobelia. Esa noche Lotho escondió el rostro entre las manos y lloró. Lloró amargamente mientras oía el martilleo constante de alguna de esas máquinas junto a los incineradores al pie de La Colina. Para entonces se había tragado muchas barbaridades cometidas por parte de los hombres, pero su madre... Tomó una decisión, la primera en meses.

Demasiado tarde. Mientras se secaba las últimas lágrimas de su rostro, demacrado por el hambre y las penurias pero feliz por ese momento de fortaleza, la muerte le sorprendió. En silencio. Un dolor agudo en el costado izquierdo mientras una voz siseaba en su oído palabras que ya no alcanzó a comprender.

¿DÓNDE ESTÁN?

Viernes, 5 de noviembre de 1419

Ubi sunt?

Tom Coto, ayudado por sus dos hijos mayores, colocó un poste en el lugar dónde apenas un año antes se alzaba un orgulloso castaño. Del poste colgó un tablón

con un fino marco labrado. Tom lo había guardado en su casa después de que los bandidos de Granujo se llevaran a Abelimbras. Pobre. No consiguió sobrevivir al encierro. Siempre tuvo la salud delicada y un año en aquellos calabozos de Cavada Grande fue demasiado. Como para otros muchos. El levantamiento y la liberación que habían traído Peregrin Tuk y Meriadoc Brandigamo llegaron demasiado tarde para algunos.

Por ejemplo, para Willbrod Ciñatiesa, uno de los habituales en *La Mata de Hiedra*. Cuando los bandidos fueron a cerrar la taberna, él se mantuvo quieto y tranquilo en su silla, con un flemático pero evidente aire provocativo. Ninguna orden ni amenaza consiguió hacerle salir. Uno de los bandidos, uno enorme con la nariz roja, perdió la paciencia y comenzó a golpearlo salvajemente. Willbrod cayó bajo los garrotazos, sin apartar la mirada desafiante de su asesino.

A Ardemil Ramallosa no consiguieron acallararlo ni metiéndolo en el más pequeño cuchitril. Siguió y siguió quejándose y refunfuñando acerca de *Lothilde* —como había dado en llamar últimamente al Jefe. No salió de una de las palizas que le dieron por hablar demasiado. Mobedrac Bolger, sin embargo, murió por lo contrario. No dijo una palabra. Intentaron por todos los medios sacarle dónde se escondía su hermano Fredegar. Ni las presiones de Lotho al principio, ni después cuando lo encerraron quitándole la comida y el agua, ni siquiera cuando le torturaron consiguieron que dijese nada.

Una de las peores tragedias de este horrible año fue la de la familia Cañadas. La pequeña Agostina volvió a recaer con una fiebre altísima dos meses después de que la encontraran. Esta vez no se recuperó y la enterraron el 3 de marzo. Lina Cañadas miraba el columpio vacío de su hermana meciéndose al viento. Fadías Cañadas sacó a tres de sus perros. Tom Coto no logró hacerlo entrar en razón. Los bandidos acabaron con él después de matar a los perros cuando casi lograba entrar en Bolsón Cerrado. Caídos frente a la puerta había varios bandidos. Mostraban heridas y mordeduras por todo el cuerpo. Tres de los bandidos, con la garganta desgarrada, no se levantarían nunca más. El granjero Coto acompañó entonces a Cora y Amelina hasta los Grandes Smiales para evitar represalias de los hombres de Lotho.

Junto a estas historias tristes también hubo alegrías. Tilo Talladura sobrevivió también a este año. Se mantuvo despierto toda la noche de la Batalla de Delagua gritando, con su nuera detrás regañándole, y ni el mismo Coto consiguió hacer que el anciano se retirase, tal era el vigor que escondía en su cuerpo diminuto. La señora Hortensia mantuvo abierta una escuela clandestina en uno de los cobertizos todo el año. El día de la Batalla se presentó vestida con falda de pana y con el pelo blanco recogido en un moño alto. Los alumnos de varias generaciones se llegaron hasta ella para intentar llevarla a un lugar seguro. “Al fin y al cabo ya tiene noventa y dos años, señora Hortensia”, dijo Tito Talladura. La vieja profesora lo fulminó con una mirada de suspenso. “Dejaos de pamplinas”, dijo, y comenzó a nombrarlos y les obligó a formar. Defendió la barricada oeste, la que recibió el ataque más fuerte. Al terminar la batalla, la

encontraron herida con el brazo que había esgrimido el garrote –y que tantas veces había blandido la regla en clase- sujeto en un cabestrillo. No se retiró hasta que no vio a todos sus *niños* atendidos.

Algunas de esas historias fueron oídas en lo que fue la plaza de Delagua, al pie de las ruinas de la casa de la Parra. La voz era firme, tan sonora como lo fue la de Abelimbras en su último pregón, aunque con un cierto deje triste. Los ojos que leían habían llorado mucho. Ahora miraban a la multitud con tranquilidad, pero con un fuego intrépido que ardía en el interior y que contagiaba a aquellos a quienes miraba. Al finalizar, Melibea Tuk bajó del taburete y llevó el pliego hasta el tablón. En la cabecera se leía *Del Agua Clara*. La letra de Mebby era algo más redondeada que la de su marido Abelimbras y quizás las palabras no fueran las que él hubiera empleado, pero allí estaba su espíritu.

EPÍLOGO

Sábado, 14 de enero de 1420

*Es viento malo aquel que no trae bien a nadie,
como siempre he dicho, y es bueno lo que termina mejor.*

Hamfast Gamyi

-No me lo podía creer. Allí estaba ella, junto a su casa reducida a cenizas, el pelo revuelto y surcos de lágrimas en su cara tiznada. Los ojos todavía rojos por el humo y el llanto, pero en la mano firme llevaba un paquete de esos pliegos amarillentos que utilizaba Abe y varias plumas de caligrafía... ¡no sé cómo sobreviviría o dónde se metería! –afirmó Olegardo tras beber un poco de su cerveza.

-Primo Ridruejo, el jefe de los oficiales, la estuvo ocultando como a mí mismo –dijo Nic Ganapié-. Un buen chico, consiguió sacarnos a todos de la catacumba en que nos mantenía ocultos, una de las ruinas de los smiales de Delagua, antes de que uno de los de su pelotón lo delatase a los rufianes. Después a ella le perdí la pista.

-Si lo recuerda, señor Ganapié, yo siempre lo defendí a ese Primo. –La nariz de Filiberto goteaba, tenía un resfriado crónico, decía, a causa del duro invierno en los cobertizos-. Recuerdo cuando nos escondió el día en que al señor Willbrod... En fin. Todo un caballero hobbit... Pero esa Mebby, esa Mebby está hecha de otra madera. Hobbit dura, hobbit fuerte. Hasta los cien, que espere la muerte.

Tadeus le sonrió desde detrás de la barra. Había escuchado muchas historias en el último mes mientras adecentaba la taberna. *El Dragón Verde* volvía a lucir como en los mejores tiempos, limpio y acogedor. Una gran sábana ocupaba el gran ventanal en espera de la nueva vidriera. “Yo me encargo”, había dicho Tom Coto, y el Granjero siempre cumplía, a pesar de que ahora estaba tan ocupado que apenas podía dedicar unos instantes a su duelo particular en la Laguna de Delagua. Mucha gente iba hasta la orilla para darle las gracias por su ayuda o para pedirle algún favor. Incluso en la taberna Tadeus había preparado una mesa para él. Allí se sentaba con su hijo el Joven Tom, que tomaba nota de todo cuanto tenía que hacer, y la gente entraba, esperaba a que el Granjero quedara solo y se acercaba a charlar con él, a invitarle o a requerir alguna cosilla.

Empezaba a oscurecer entre recuerdos, bromas y canciones. La taberna se iba animando, la gente estaba deseando salir y festejar y *El Dragón* era el lugar adecuado. Moss Barranco entró con un barrilito en el hombro.

-Tendrás que conformarte con esto, Tadeus... hasta que vuelva a montar el alambique. Los campos de cebada están altos y sus granos son gordos y prietos como no he visto en años. La Reserva Barranco de 1420 promete ser muy, muy solicitada.

Conforme avanzaba la noche la barra se iba llenando, en la taberna estaban ya casi todos los parroquianos habituales, y junto a ellos matrimonios jóvenes, como el de Dido Redondo y Lorena Talloverde, que lucía una estupenda figura en estado de buena esperanza. Incluso había algunos chiquillos brincando como locos a la puerta –las más peligrosas piruetas siempre a cargo de Tobías Cavada- mientras sus padres tomaban un aperitivo en animada conversación. Un matrimonio entró por la puerta y la taberna quedó en suspenso. Él iba ligeramente apoyado en el brazo de ella. Su cuerpo encorvado ocultaba la pechera dorada de un chaleco demasiado grande para el consumido cuerpo del hobbit.

-¿Qué... será? –tartamudeó conmovido el tabernero.

-Verá, maese Tadeus, mientras estuve hospedado en Cavada Grande, no dejé de oír cómo el resto de los inquilinos elogiaban las propiedades del caldo que se obtiene de la fermentación de la cebada –había una chispa de humor en los vivarachos ojos del hobbit-. Dicen que posee un tono dorado que va del negro oscuro de sabor al parecer muy amargo, a un rubio muy claro. Aseguraban que merece la pena probarlos todos. Se sirve, al parecer, en una jarra o pichel coronado de un poco de espuma blanca. Y yo le dije a mi señora: “Quizás el señor Vendimiales tenga algo parecido, porque en verdad tengo ganas de probarla”. –Luli Marticorzo sonreía apretando contra sé cariñosamente el brazo de su marido.

-Veremos lo que se puede hacer, maese Ormadulas, veremos lo que se puede hacer.

ÍNDICE DE NOMBRES

| | |
|-------------------------------|---|
| Abelimbras, “Abe”, Juncalera* | Editor <i>Del Agua Clara</i> . |
| Agostina, “Tina”, Cañadas* | Hija menor de Fadías Cañadas. |
| Amelina, “Lina”, Cañadas* | Hija mayor de Fadías Cañadas. |
| Ardemil Ramallosa* | Granjero de Delagua. |
| Clotilde Tolder* | Nuera de Tilo Talladura. |
| Cora Azul* | Nuera de Tilo Talladura, mujer de Fadías Cañadas, madre de las gemelas. |
| Crito, “Tito”, Talladura* | Vecino de Delagua, hijo de Tilo. |
| Diadoro, “Dido”, Redondo* | Oficial de la Comarca. |
| Edgar Cardenoso* | Apasionado de la pirotecnia. |
| Fadías, “Fías”, Cañadas* | Granjero de Delagua. Criador de perros. |
| Filiberto, “Fili”, Silvestre* | Vecino de Delagua. Parroquiano de <i>El Dragón Verde</i> . |
| Hortensia Quintanilla* | Viuda entusiasta de la enseñanza. |
| Lobelia Ciñatiesa | Madre de Lotho. |
| Lorena Talloverde* | Joven vecina de Delagua, recientemente prometida. |
| Lotho Sacovilla-Bolsón | Propietario de Bolsón Cerrado. |
| May Gamyi | Madre de familia numerosa. |
| Melecio, “Moss”, Barranco* | Granjero de Delagua. Gran fabricante de cerveza. |
| Melibea, “Mebby”, Tuk* | Mujer de Abelimbras. |
| Mimosa Cavada* | Cuñada de Abelimbras. |
| Mobedrac, “Moby”, Bolger* | Granjero de Delagua. Parroquiano de <i>El Dragón Verde</i> . |

| | |
|---------------------------------|---|
| Nicosius, “Nic”, Ganapié* | Granjero de Delagua. Más tarde ebanista en Los Ranales. |
| Obdulia, “Luli”, Marticorzo* | Mujer de Ormadulas. |
| Olegardo Matoso* | Vecino de Delagua. Afamado cazador de gamusinos y parroquiano de <i>El Dragón Verde</i> . |
| Ormadulas, “Ormi”, Marticorzo* | Vecino de Delagua. Parroquiano de <i>El Dragón Verde</i> . |
| Orson, “el Bizco”* | Bandido de Bree. Uno de los Hombres del Jefe. |
| Primo Ridruejo* | Jefe de los oficiales de la Comarca. |
| Robin Madriguera | Oficial de la Comarca. |
| Rododendras, “Roddy”, Marzales* | Amigo de Tob Cavada. |
| Tadeus Vendimiales* | Dueño de <i>El Dragón Verde</i> . |
| Teodimas, “Teo”, Pozolargo* | Dueño del Almacén. |
| Tilo Talladura* | Anciano centenario. Vecino de Delagua. |
| Tobias, “Tob”, Cavada* | Sobrino de Abelimbras. |
| Tom Coto | Granjero de Delagua. |
| Willbrod Ciñatiesa* | Vecino de Delagua. |

Los nombres acompañados de asterisco (*) son inventados y no aparecen en la obra de J.R.R. Tolkien.

